

Para resumir, quiero terminar citando el pasaje que considero clave de la novela:

—*A mí me desgastó la espera: ya no existiré como Libertador, ni como autor, ni como realidad. Me extingo y pronto pasaré a la ficción...*

—*Sí, qué extraña condición: vivirás únicamente para ser leído. Tu lector, hombre o mujer, será tu creador.*

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Mutis por el foro: dime qué lees y te diré cómo escribes

### Contextos para Maqroll

Álvaro Mutis

(introducción de Ricardo Cano Gaviria)

Montblanc (Tarragona), Igitur/Mito, Ministerio de Cultura de Colombia, 1997, 172 págs.

### De lecturas y algo del mundo

Álvaro Mutis

(Santiago Mutis D., comp.)

Seix Barral (Planeta), Los Tres Mundos, Bogotá, 2000, 287 págs.

Dos antologías, de pareja pero en el fondo diversa intención, aparecen ahora en el mercado nacional. Ambas suscitan interesantes reflexiones acerca de uno de los más elusivos mundos que animan la obra de un escritor: el de su experiencia de lecturas.

Acaso todavía no seamos del todo conscientes de un fenómeno porque aún no hemos despertado de él: que lo que hemos leído, en todo el mundo, durante los últimos treinta o cuarenta años del siglo XX ha estado iluminado, pero —y esto es lo interesante— a la vez peligrosamente limitado, por la muy sapiente opinión de Jorge Luis Borges. Este curioso fenómeno ya ha sido anotado a nivel

más bien local por lúcidos lectores como Raimundo Lida o Tomás Eloy Martínez; éste último ha deplorado todo el lastre que dejó Borges sobre los jóvenes escritores argentinos. Las lecturas de Borges, aunque él nunca lo habría admitido, eran de un maniqueísmo exacerbado y sus opiniones, escudadas en la barrera de lo muy personal, aunque en extremo ingeniosas e iluminadoras, eran profundamente dogmáticas. Desde muy temprano escogió sus ídolos, sus iconos, que manejó con maestría, y estableció una lista, que en principio no quería ser más que personal y que la fama elevó a universal, de los que se salvaban y de los que se precipitaban a lo más profundo de los infiernos. Borges estableció o reestableció referencias excelentes: el retorno a una literatura fantástica que estaba de capa caída, y a la novela policial inteligente; el alejamiento de la muy sartreana "literatura comprometida", así como de los *best sellers* (a propósito de éstos Álvaro Mutis ha afirmado alguna vez que los *best sellers*, aunque son libros muy malos, a veces están muy bien escritos). Revivieron así y comenzaron a florecer algunas maravillas, desde luego: De Quincey, Wilkie Collins, Buzzatti, Chesterton, buena parte de un Stevenson que se estaba olvidando... Gracias a ese rescate se volvieron a leer autores como Kipling, así buena parte de su obra sea un pesado ladrillo difícil de digerir, o el irregular Marcel Schwob, para citar sólo dos ejemplos notables. Pero lo malo está en los autores que se dejaron de leer: todos los "realistas" o "naturalistas", en bloque, así como los grandes franceses: Balzac, Hugo, Flaubert, Zola, Proust, o los grandes novelistas de lengua alemana: Thomas Mann, Musil, Döblin, Broch..., todos enviados al limbo simplemente porque a Borges no le gustaban o porque se decía incapaz de soportar libros de cierta extensión. Del mismo modo ignoró o fingió ignorar casi toda la literatura de la segunda parte del siglo XX, acudiendo a *boutades* como ésta de declarar que, aunque le había agradado, apenas había alcanzado a leer los primeros cincuenta de los *Cien años de soledad*. Despreció

por completo la ciencia ficción y otros géneros a los que probablemente ya llegará en un futuro su tiempo.

Quizá nunca sabremos cuánto le debe la literatura inglesa del siglo XIX a Borges, en tanto redujo la francesa a nombres como los de Schwob o León Bloy, lo cual es cuando menos una excentricidad de quien está acostumbrado a emitir opiniones originales.



En ese mundo del mercado editorial es aún hoy demasiado evidente ese borgiano maniqueísmo. Y muy pocos, poquísimos, han sabido apartarse de las comunes opiniones asnales de quienes consumen libros, incluso dentro de la esfera de los lectores cultos. Y uno de esos originales que se atreven a mostrar la insularidad de sus ideas y también una vocación deslumbrante de no tragar entero, uno de esos capaces de pensar por sí mismos, ha sido justamente Álvaro Mutis. Y lo ha hecho sin caer tampoco en el extremo de la oposición, en el mundo de esos anti-Borges a los que gusta el Ulises de Joyce sólo porque a Borges no mucho, sino de una manera también hedónica y muy personal y, lo que acaso sea más interesante, como simple lector más que como autor, sin ambiciones de emular a nadie ni de nutrirse con destino a madurar una obra de ficción que en Mutis apenas vendrá a aparecer, como en Daniel Defoe o en Gesualdo Buffalino, al filo de la madurez.

Mutis lee como leen los buenos lectores, atendiendo a las recomendaciones de sus escritores preferidos, para arribar a esa meta de todo lector, a esa "sabiduría y nobleza del corazón conseguidas, no sin un ar-

duo trabajo de años de meditación y diálogo con los clásicos". Hay quienes creemos firmemente que uno debería leer lo que les gusta a los escritores que a uno le gustan; son recomendaciones de primera mano, afinidades electivas. Quiero decir que casi todo lo que le gusta a Mutis debería gustarle a quien le guste leer a Mutis, y así con cualquier otro escritor. Así, por poner un ejemplo, quien disfruta a Proust o a Oscar Wilde seguramente irá a parar, y con fruición, a John Ruskin, de quien tomaron aquellos gran parte de su delicioso esteticismo. Y así, de autor en autor, se va construyendo un mundo de referencias que no es válido más que para uno, pero del cual el lector honesto consigo mismo está siempre en acecho. Muchos somos los que devoramos cuanta opinión acerca de la literatura esbozan nuestros autores favoritos y así vamos armando una colección de modo que, como dice el propio Mutis en una de estas páginas, "no creo que exista manera más fiel y directa de conocer a una persona que visitar su biblioteca. Los libros que han acompañado toda una vida son los testigos elocuentes de los más secretos rincones de un alma. No hay retrato igual".



Ese retrato es el que se descubre en estos dos libros. Esos rincones del alma salen a relucir aquí. Y es cuando advertimos que en Álvaro Mutis hay una vocación, un temperamen-

to si se quiere, una elegancia de aristócrata y de cortesano.

Si los títulos de los libros dan una clave de algo, entonces el de Cano Gaviria es un libro escrito más para España que para América Latina. Y al mismo tiempo no se pretende puerta de entrada a Mutis sino que se dirige al lector que ha devorado quizás una o varias de las novelas del autor colombiano y se encuentra ansioso por sumergirse en el fondo del personaje de *Maqroll el Gaviero*, en las claves de esta prosa seductora y un tanto extraña para el lector peninsular, mas no encuentra información en parte alguna, puesto que —y esto ya es explicación nuestra— los textos ya publicados por las difuntas Colcultura y Procultura son, desde luego, inaccesibles fuera del país a los lectores de habla hispana que pueden incluir entre sus favoritos a este colombiano universal.

El libro, pues, presupone la anterior lectura de buena parte del ciclo novelístico de Maqroll el Gaviero; me refiero al que se inicia en 1986 con *La nieve del almirante*. Y es que, para empezar a ubicarnos, conviene no olvidar que hasta 1986 Mutis no era sino un poeta, un buen poeta, un gran poeta acaso, pero no un reconocido autor de ficción, a pesar de sus furtivos cuentos, que algunos eruditos conocían.

Dos palabras acerca de la presentación de este volumen. Cano Gaviria se sitúa en dos niveles de referencias: la que llama autorreferencial (y perdón por la tautología), que "se teje dentro de los límites de su propia obra", y la que podríamos llamar intertextual "sólo calificable de 'quijotesco' en la medida en que lo es toda acción real o ficticia que tenga origen en la lectura, nivel que se articula en la figura del autor que se reconoce como lector (y deudor) de la obra de otros autores". A este nivel pertenecen básicamente los textos de las dos primeras partes de este libro, que resulta ser un recuento de las lecturas de Mutis. Se trata, pues, ya del Mutis lector, y nos sumerge en el apasionante juego de las referencias literarias, que remiten, por supuesto, también al propio Maqroll

lector, ése que lleva bajo el brazo, en la selva tropical, un anacrónico volumen de las memorias del príncipe de Ligne; de este cortesano apenas se sabe que dio cobijo en sus últimos días a Casanova, quien escribió en su palacio sus célebres *Memorias* y que murió en pleno Congreso de Viena en 1815, por lo que su funeral fue uno de los más vistosos y mejor asistidos por monarcas y embajadores en toda la historia.



Si en este volumen se trataba de explorar las fuentes de Maqroll, lo primero que destacamos son las ausencias. Poco acerca de la influencia concreta para Maqroll en la figura misma de Joseph Conrad, desde luego, con sus marinos errantes y atormentados; eso es Maqroll, un Almayer elegante, un Willems, un lord Jim sin el arrepentimiento, aunque Maqroll no tiene los conflictos del alma eslava que acusan los personajes de Conrad. Su drama es de otro tenor; es el drama de la disolución, del descubrimiento aterrador del germen de la podredumbre que todos llevamos dentro, la vocación para la tumba, si se quiere, de la podredumbre que avanza, pero mirado con algo de buen humor y sin la filosofía del echarse a morir.

Si se quería ser exhaustivos, lo cual era posible, pues el material no es muy abundante, no está aquí todo aquello en lo que aparecen las referencias primigenias a Maqroll aparte de las novelas. En primer lugar, falta la poesía. Pero, como fuente espiritual profunda, el que mayormente se echa de menos aquí es el que para mí es el texto capital de Mutis, porque refleja con meridiana claridad su pensamiento, sus ilusio-

nes y sus rechazos y fija una posición del hombre y del escritor frente al mundo. Se trata de la todavía un poco desconocida conferencia sobre *La desesperanza* (1965). Así, por ejemplo, sí aparece el texto compañero, *Quién es Barnabooth*, una reseña cuyo valor está más en las versiones de Mutis de los poemas de Larbaud que en el fondo filosófico de *La desesperanza*, basado en lecturas de Drieu la Rochelle, de Cavafis y de Pessoa. A propósito de Pessoa, el heterónimo de Mutis, Alvar de Mattos, puede rastrearse hacia el Juan de Mairena de Machado o los Álvaro de Campos y Ricardo Reis del poeta portugués. El hecho de ser portugués de Mattos, lo emparenta más de la cuenta a los seres de Pessoa casi tanto como al de Machado.

El otro texto clave, y éste sí se echa de menos para configurar el personaje concreto de Maqroll el Gaviero, es "El cañón de Aracuriare", que se encuentra en el volumen *Los emisarios*. Y si vamos aún más lejos, también se echa de menos el trozo de *La nieve del almirante* que se encuentra en *Caravansary*, en el cual el Gaviero aparece como dueño de una tienda en el páramo sobre la carretera entre Armenia e Ibagué y se descubre hijo literario de Long John Silver, el pirata de Stevenson, así como algún texto de ese libro tan borgiano que es *Los trabajos perdidos*, en el que están los mejores poemas de Mutis. ¿Y por qué no mencionar a personajes de carne y hueso que llevaron la impronta de Maqroll como Alejandro Obregón, así como otra influencia muy notable y menos reseñada que ha pasado casi ignorada: la del maestro León de Greiff? Así, en *La muerte de Matías Aldecoa*

*Ni cuistor en Queronea,  
ni lector en Bolonia,  
ni coracero en Valmy,  
ni infante en Ayacucho...*

no son muchos los que saben que Matías Aldecoa es creación greiffiana.

En cambio, en la antología de Cano Gaviria aparecen, sin mayor

justificación, los Intermedios, esos textos breves que podrían ser llamados "muertes imaginarias", como esos breves cuentos de Pedro Gómez Valderrama... No se comprende la presencia de los Intermedios en el libro, como no sea por la inspiración que para Maqroll hayan podido resultar los protagonistas de estos breves apuntes: Maximiliano de Austria, Constantino Paleólogo, Napoleón, Garcilaso de la Vega, Haendel, Joseph Conrad (único de ellos más o menos evidente)...



Santiago Mutis explica en el prólogo del otro volumen que se trata de recoger la muy dispersa obra periodística de su padre. "Hay aquí muchos textos que hasta hoy no se habían reunido en libro, y que su autor estaba dispuesto a dejar perder, pero nosotros no". Personalmente, les debo a estos artículos el descubrimiento de muchos y muy entrañables escritores. *De lecturas y algo del mundo* pretende recoger estos textos, aunque dista mucho de ser una recopilación completa y comprensiva. "Es necesario advertir —para celebrar— que los primeros artículos aquí reunidos fueron escritos cuando Álvaro Mutis era un joven de diecinueve años, que tal vez no sabía que iba a ser escritor, o que estaba comenzando a serlo". Y la prevención resulta acaso necesaria porque, puestas en fila, estas notas pueden parecer algo repetitivas. El elogio de Mutis casi siempre resulta tan francote y espontáneo que termina diciendo que el libro reseñado es "esencial" y su autor "una de las voces más importantes del siglo" o algo semejante.

Pero lo que ocurre es que casi invariablemente es verdad. Mutis no es parco en los elogios, pero sí en el número de elogiados. Simplemente cuenta de su admiración y de su asombro ante obras que lo maravillan, que no son tantas...

Bueno, pero, a todas éstas, nos preguntamos: ¿cuáles son esas lecturas favoritas de Álvaro Mutis que campean en estos dos libros?

En primer término está Cervantes. En uno de los artículos de *De lecturas y algo de mundo* se trata de explicar "por qué el Quijote ha sido mi libro favorito". Después del *Quijote*, quizá tengamos que hablar de Marcel Proust, de una frecuentación permanente unida a una admiración sin reservas que se repite a menudo: "no se agota nunca Proust, no lo agotamos jamás". Ahora bien: estoy de acuerdo con Mutis: la gran obra literaria del siglo XX es *En busca del tiempo perdido*, mucho más que el tan cacareado y absurdo *Ulysses* de Joyce. Me sigue pareciendo increíble que existiendo obras tan consistentes como la de Proust o la de Musil e incluso *La conciencia de Zeno* del italiano Italo Svevo (tan injustamente considerado discípulo de Joyce), los asnales lectores se inclinan por Joyce. Moraleja: la gente ama lo que no entiende.

"No hay más que este género de lectura que valga: las Correspondencias, las Memorias, los Diarios, las Confesiones, las Autobiografías, las Biografías, de un género o de otro", escribía el agudísimo Paul Léautaud. Mutis no ha sido indiferente a este dictamen. En estos volúmenes se descubre como un impenitente lector de libros históricos, diarios, memorias y biografías, desde obras de tan improbable consecución como las *Memorias* del príncipe de Ligne o las del cardenal de Retz (nota: éstas últimas, gracias al prodigio de la internet, ya están "en línea", al alcance de los lectores interesados). En *Amirbar*, Maqroll dice que las *Memorias* del Cardenal de Retz son el libro más inteligente que se haya escrito jamás. No lejos están las exquisitas *Memorias de ultratumba* de Chateaubriand, con esa prosa ondu-

lante y regia del vizconde, así como la obra de Émile Gabory sobre las guerras de la Vendée... Es éste un mundo que apasiona a Mutis y en el que, debo confesarlo, sólo podemos entrar los que conocemos algo de la lengua francesa y tenemos acceso a las viejas y costosas ediciones de La Pléyade, que es el de las memorias, diarios y cartas de autores franceses, tan lleno de maravillas como desconocido, y que pasa por figuras tan disímiles y encantadoras como los Goncourt, el maravilloso diario de Jules Renard, la no menos impresionante correspondencia de Flaubert, los *Epílogos* de Remy de Gourmont, los diarios de Paul Valéry o de Alain, el de André Gide, "ese Gide que llenó nuestra adolescencia de inquieta y febril esperanza en una vida plena, en donde los sentidos iban a ensanchar sus posibilidades hasta horizontes insospechados", los carnés de Albert Camus, en fin...



Tal vez el secreto de Mutis resida en esas anacrónicas lecturas. Cuando uno tiene a Chateaubriand, a Anatole France, a André Gide, a Giraudoux sólo para sí mismo, en tanto la turba no lee sino al *boom* y los eruditos se regodean en la moda del fangal alemán que nunca tuvo literatura sino filosofía mal escrita, como decía Nietzsche, y un país que es como el patio trasero de Francia y que levanta cada cincuenta años una polvareda de proporciones universales con el fin de ir a cenar cómodamente en París... Alemania, lo afirma Drieu la Rochelle en uno de los textos de Alvar de Mattos, no ha

existido jamás, así como la filosofía, al decir de Roger Nimier, es como Rusia: llena de pantanos y a menudo invadida por los alemanes...

La literatura francesa, pues, resulta una fuente inapreciable para Mutis; su educación en Bélgica es sin duda en parte responsable de ello. De ahí ciertas preferencias, por demás curiosas: El ilustre Gaudissart o *La Rabouilleuse* de Balzac, la obra amarga de Céline, las novelas de Simenon: "es el mejor novelista en lengua francesa después de Balzac", proclama Maqroll en *Amirbar*. "Céline es el mejor escritor de Francia después de Chateaubriand; pero el mejor novelista es Simenon". Otro de esos iconos extraños es Valéry Larbaud. El mismo Larbaud que no sólo hizo colombiana a su heroína Fermina Márquez sino que propuso para el premio Nobel nada menos que a Fernando González, ese mismo Valéry Larbaud al que la historia ha hecho famoso más por una frase que por un libro. Siempre me he preguntado cómo pudo alguien hablar de "ese vicio impune, la lectura", ¡cuando la lectura es el vicio mejor castigado que existe sobre la tierra! Los lectores, los buenos lectores digo, los que devoran libros, escriban o no escriban luego, están siempre perdiendo dinero, amigos, poder y todo lo que se pueda perder, y ganando sólo experiencia espiritual como para poder soportar las penurias espirituales que se les vendrán encima por haberse atrevido a destrozar las leyes de la sociedad; porque son seres que resultan invariablemente improductivos...

Muy variados son los autores preferidos por Álvaro Mutis. Veamos apartes de su propio catálogo: "... acuden de inmediato los nombres de Proust, L. F. Céline, Charles Dickens, Valéry Larbaud, Montaigne, Gogol, Blaise Cendrars, Racine, Rimbaud, Joseph Conrad y algunas otras sombras tutelares". O, por otro lado, los más grandes maestros de la prosa "que siguen alimentando mi voracidad de lector con intacto poder de encantamiento: Montherlant, Valéry Larbaud, Mauriac, Cyril Connolly, Virginia Woolf".

Y novelas, muchas novelas, género exclusivo del siglo XIX al decir de nuestro autor. Muchas novelas que comprenden el mundo entero de Dickens, de quien es un verdadero erudito, así como el de Balzac y el de Zola, tanto como el *Kim*, de Rudyard Kipling, admiración compartida por Borges. "¿Habrás, me pregunto, libro más hermoso sobre país alguno y que nos deje una imagen tan imperecedera y tan fiel de sus más secretas esencias? Lo dudo. Siempre que abro esta obra de Kipling para recorrer alguna de sus páginas, termino leyéndola por entero". ¿Y qué decir de George Eliot?: *Middlemarch* le parece a Mutis ser la mejor novela jamás escrita. O bien, "cae de pronto en mis manos la hermosa novela de George Eliot, *El molino junto al Floss*, uno de los libros favoritos de Marcel Proust y, a mi sentir, el modelo más perfecto de la tradición narrativa inglesa, la más sólida y rica de todos los tiempos, sin lugar a dudas".



Otra vena extraordinaria en estas lecturas es la de los escritores olvidados por el tiempo. *Ubi sunt* tantos autores? "¿Y quién lee hoy a Norman Douglas, a Aldous Huxley, a Knut Hamsun, a Panait Istrati, a Charles Morgan, a John Dos Passos, a tantos otros que deslumbraron nuestra adolescencia y nuestra juventud?" O a Henry Miller. Como a Mutis, tampoco me han seducido los dos *Trópicos*, pero sí otras cosas, y confieso que gracias a Mutis encontré un Miller completamente distin-

to, en el caso del extraordinario *Viaje a Nauplia*. ¿Y a Malaparte? Mutis presagiaba ya en 1950 la muerte de Malaparte hacia el futuro. ¿Dónde está hoy *La piel*, dónde *Kaputt*, dónde esos admirables cuentos, como *Sodoma y Gomorra*, cuyo personaje central es Voltaire y que dice que entre Sodoma y Gomorra prefiere dormir en Sodoma porque al menos sabe cuáles son sus costumbres? Y todas esas admirables novelas de la guerra que habrían podido prevenir los desastres de Sarajevo o de Kosovo. *Où sont les neiges d'antan?* ¿Dónde están? ¿Qué se hicieron Mijaíl Shólojov, el autor de *El Don apacible* y de la admirable *Lucharon por la patria*? ¿Y dónde *La hora veinticinco* de Constant-Virgil Gheorghiu? Sería muy interesante elaborar una selección de novelas y cuentos sobre la guerra, en especial sobre la primera guerra mundial, donde estuvieran Barbusse, Malaparte, Remarque, y muchos otros que ahora no se me ocurren y tantos otros nombres mantenidos en las enciclopedias acaso para mantener la ilusión de un conocimiento colectivo.



En Mutis hay igualmente un amor por alguna, poca, es cierto, literatura española, tan rebajada por Borges, y no me atrevo a decir que del todo sin razón. Mutis se duele de “una España que ha tenido que soportar la más necia colección de tópicos y de ideas comunes de una falsedad alarmante”. Después del *Quijote* y de la poesía del siglo de oro, habría que rescatar la obra de Galdós. ¡Pero cuántos despachan a Pérez Galdós sin haberlo apenas leído! O a Azorín; antes del bostezo habría que leer siquiera una página de Azorín o de Gabriel Miró, que por cierto sí sabían escribir. Y

posteriormente autores como Álvaro Cunqueiro, que “se ha convertido en el último de mis clásicos secretos”.



Escribió Nicolás Gómez Dávila que el libro mediocre es más mediocre en español que en otros idiomas. El más grave pecado de España no ha sido darnos mala literatura durante cuatro siglos, sino algo peor, pésimas traducciones de la buena literatura del resto del mundo. De modo que llevamos cuatro siglos leyendo lo que obtusos profesores catalanes tienen por literatura y en las más vergonzosas y personales aproximaciones. En otros tiempos nada que hacer porque no había dónde comparar. El instinto del plagio me dice que esto ya lo dijo alguna vez Hernando Valencia Goelkel. Esto para señalar una honrosa excepción que confirma la regla, dándole una cachetada: el *Tácito* de la traducción de don Carlos Coloma, en el siglo XVII. “El castellano de Coloma logra casi el milagro de recrear esa ‘concisión al rojo fuego’ que admiraba Hugo en el historiador latino”. Así, la hoy del todo olvidada traducción de don Miguel Antonio Caro de la *Eneida* de Virgilio, de la cual pudo decir Borges que parecía obra original. Pero para Mutis *Tácito* es un calumniador que “... sigue el sospechoso cronista enlodando la memoria de pobres dementes como Calígula o Nerón y mujeres admirables como Livia, Antonia y Agripina, hijas, madres y esposas de emperadores, modelos acabados de las grandes fami-

lias romanas, virtudes en las que descansó y se afirmó, a través de cinco siglos, una de las más grandes y fecundas civilizaciones del orbe”.

La mayor parte de las lecturas de Mutis son relecturas. Algunas de sus notas tienen el interés de mostrar de qué manera el lector cambia a través de los años. Mutis se refiere no sólo al deleite sino al “alivio” cada vez que llega a una relectura provechosa. En el arriba mencionado artículo sobre Proust, resalta que es obvio que “cada lectura tiene un ámbito, una relación, un juego de preguntas y respuestas, por entero diferente de la anterior. Porque a medida que la vida nos va formando y deformando, también los libros nos van abriendo distintas perspectivas y más amplios horizontes o nos van cerrando puertas que antes nos conducían a paraísos o a infiernos que ya nos son vedados o aún no están listos para nuestra frecuentación”. Es lo que le ocurre a él mismo frente a Thomas Mann, por ejemplo, en una de las notas aquí incluidas, en la que elogia un par de obras y ataca otras: “Su estilo pomposo solía caer con frecuencia en un soso y profesoral cubileteo de ideas, a menudo manidas y, en algunos casos, prestadas artificiosamente a los grandes autores de la literatura y el pensamiento germanos”. Se ve que no había llegado aún a la lectura, que luego será una especie de revelación, de *Los Buddenbrooks*. Años después, en texto no incluido en este libro, y que debería ponerse junto a estas dos antologías, como es el libro de conversaciones literarias de Mutis con Eduardo García Aguilar publicado por Norma, Mutis confesará su deslumbramiento tras esa novedosa lectura. Así, algo parecido le ocurre con Faulkner. En los años cuarenta comenta: “Muy poca atención se le ha prestado entre nosotros a William Faulkner, sin duda alguna el novelista más original con que cuentan actualmente los Estados Unidos...” De *Las palmeras salvajes* dice que es “imposible de leerse, ya que el traductor J. L. Borges se propuso, con pésima suerte, crear un pastiche del estilo de Faulkner”.

Años más tarde, en el libro de García Aguilar, confesará que ya no le entusiasma tanto Faulkner y que libros como *El sonido y la furia* le resultan un poco *datés*, rancios, como dicen los franceses. Personalmente encuentro que hay más de un Faulkner, con libros mucho mejores que otros. Y mientras Sartoris o *Luz de agosto* me resultan legibles y hasta deleitables, no entiendo cómo a alguien le pueda gustar *Mientras agonizo*. Dijo Faulkner, en una célebre entrevista para la *Paris Review* de 1956, que es mejor que toda su obra escrita, que la composición de *Mientras agonizo* le llevó "sólo unas seis semanas en el tiempo libre que me dejaba un empleo de doce horas al día haciendo trabajo manual". ¿Eso la alcanzará a disculpar?



Álvaro Mutis es, antes que todo, un lector de poesía. En la compilación de Santiago Mutis aparecen muchos de los poetas, como el Neruda del *Canto general*: "Al lado de mezquinos rencores de café aldeano, saltan de pronto en esas páginas poemas enteros [...] Aun en sus poemarios más lamentablemente comprometidos con un marxismo-leninismo tan primario que no resiste el menor examen, aun allí nos encontramos, de repente, con versos luminosos, con momentos de una plenitud absoluta". También hay unas páginas sobre el extraordinario Gonzalo Rojas, Neruda de nuestros tiempos. Pero lo más interesante se

advierte en algunos descubrimientos o redescubrimientos notables, como el de Carlos Martínez Rivas, ese poeta sin nombre de poeta, a cuyo deslumbramiento hemos llegado algunos precisamente a través de Mutis, un señor poeta, cultísimo, ebrio y noctámbulo, que, a propósito, murió en 1998, quizá después de estar ya en imprenta el libro compilado por Santiago Mutis, por lo que no lo reseña en las breves y buenas notas acompañantes.

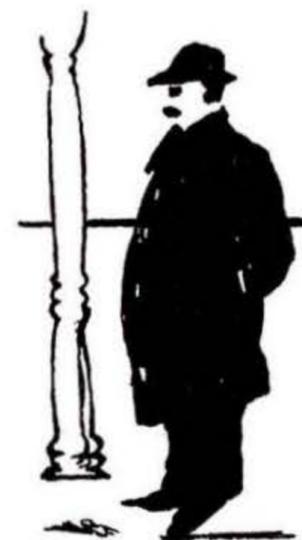
Otro amor constante de Mutis es la poesía de algunos mexicanos: López Velarde, Octavio Paz... En tanto en México vivía el mejor de los poetas colombianos, en Colombia acaso sucedía al contrario, en un hombre sencillo, oscuro, que se llamaba Gilberto Owen. Del mismo modo Mutis "descubrió" a Aurelio Arturo muchísimo tiempo antes de que su nombre fuese elogiado quizá como el del más grande poeta colombiano, o igualmente la obra aforística de Nicolás Gómez Dávila, de la cual vaticinó su destino de "libro inmenso".

Pero ninguna de estas dos ediciones nos regala los textos literarios dedicados a Colombia. Santiago Mutis dice haberlos dejado para otra edición, aunque varios ya estaban en el tomo de prosas de la *Obra literaria*, publicada en 1985. Y es lástima, porque son muy iluminadores. Aquí sólo se deslizan algunos comentarios paralelos, como alguno sobre "la imagen y el más cierto sentido de nuestra condición de criollos, de 'hombres de dos mundos', con todo lo que significan de esterilidad, desconcierto, ambigua identidad e inevitable signo de prematuro deterioro", así como alguna referencia a "ese tropical florecimiento de nuestras letras que los lelos dieron en llamar el *boom*".

¿Qué tienen en común todos estos autores de las preferencias de Mutis? Una primera y acaso atolondrada conclusión que nos tienta es la de decir que, con poquísimas excepciones, casi "todos" los autores de Mutis son autores de derechas o por lo menos apolíticos. ¿Cómo ocultar las simpatías nada ocultas por el conservatismo a ultranza en

alguien que escribió columnas con nombres tan concretos como Bitácora del reaccionario?, se pregunta el lector.

Pero de inmediato aparecen las excepciones, que resultan ser tantas, empezando por García Márquez, que nos obligan a revisar el criterio porque, como diría Sartre, si bien es cierto que Valéry era un intelectual pequeñoburgués, no todos los intelectuales pequeñoburgueses eran Valéry.



Me alcanzo a preguntar si los buenos autores habrán sido hombres de derechas, de lo cual podría hacerse un estudio interesante, aunque imagino que el resultado sería estéril.

Y es que la cosa no es por ahí. Quizá sea cierto que la mayor parte de amores de Mutis sean de "derechas", pero no es ése precisamente el criterio distintivo y esencial, y es el propio Mutis quien nos ayuda, en uno de los artículos aquí presentados, al apresurarse a condenar esa división maniquea entre "izquierdas" y "derechas", esas que Ortega llamara "dos formas de hemiplejía moral". ¿Era Erasmo de derechas o de izquierdas?, nos pregunta Mutis. No. El criterio fundamental que informa las pasiones literarias de nuestro autor es otro, y creo poder afirmar que es el de la elegancia. Una elegancia que se da en todo tiempo y en todo lugar y dentro de cualquier tendencia política.

Descubrimos entonces que las simpatías y antipatías de Mutis no dependen de los credos políticos sino de comunes valores estéticos, como

con García Márquez: una amistad entrañable entre el que para algunos es el más ortodoxo de los marxistas castristas y el que para otros es el más retrógrado de los reaccionarios.

Todo, pues, es posible, y nos ayuda a resaltar la falsedad de ideas muy extendidas: la elegancia de Mutis permite lecturas ambiguas y equívocas. Algunos, por ejemplo, atribuyen, entre otras cosas, ese presunto reaccionismo y amor por la elegancia a un origen bogotano de Mutis. Suelen ser la misma gente que ignora que “cachacos” elegantes y refinados como José Asunción Silva y Álvaro Mutis eran hijos de Antioquia, de mujeres antioqueñas de raza mandaca.



Otra cosa es que las lecturas de Mutis, compartamos o no sus preferencias políticas, nos hablen en silencio del fenómeno de la esterilización de los autores “oficiales”, cosa muy de recibo en regímenes de “izquierda”, así como de la pobreza de los áulicos de los tiranos de turno que se aferran al poder y a las prebendas, o de la miseria que resultó del régimen soviético del siglo XX para la creación intelectual... En medios así difícilmente florecen los elegantes. Tal vez no sea casualidad que se necesite un ambiente propicio para que un Proust pueda producir su aristocrática obra, o lo mismo un Henry James, o un Nicolás Gómez Dávila o un Alberto Ángel Montoya entre nosotros.

La aristocracia inherente o innata, nos queda claro después de estas

páginas, se lleva en la sangre. Se puede ser un buen escritor y regodearse en lo sórdido, como el Vargas Llosa de *La ciudad y los perros*, pero también se puede habitar un mundo en el que no haya más cortesanos que los voluntarios, como Mutis en la corte de Felipe II, “todo de negro hasta los pies vestido”, un mundo donde no caben los falsarios, los farisantes ni los impostores, ni de nada vale adular al monarca. Y ese talento, a su vez, ha tratado de incorporarlo el escritor —si es que no lo llevó siempre consigo— a su vida diaria, a sus maneras, a su “algo del mundo...”, a su estilo elegante de tratar a quienes cree que merecen sus afectos. Y por demás ha sacado partido de ello. Yo sospecho que las afales y llenas de simpatía maneras de Mutis, que su facilidad para acercarse a los círculos privilegiados han contado no poco en la aceptación de su literatura y en el dificultoso establecimiento de una fama que luego se ha sostenido, eso sí, basada en su evidente calidad; sus vínculos han sido casi tan excelsos como sus libros y ha gozado del aprecio de estadistas, príncipes, toda clase de artistas y, por supuesto, de los más sensibles y delicados escritores. Y acaso todo ello sea un síntoma de lo mismo; que se trata de vivir como se escribe y, sobre todo, que se escribe como se lee. Dime qué lees y te diré cómo escribes.

Comprendemos ahora algo que pocos han advertido, y es que no es ninguna bravuconada eso que Mutis ha declarado en múltiples ocasiones de haber querido vivir en la corte de Felipe II y cortejado a la infanta Catalina Micaela, o que el gran error de estas repúblicas suramericanas fuera haberse separado de España, o que el último hecho histórico verdaderamente interesante fuera la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, declaraciones que han sido tomadas por los medios equivocadamente, como siempre, como rasgos de fino humor, cuando son simplemente verdades que se articulan con toda una manera de pensar muy lúcida y coherente, así pocos la compartan. “Soy

gibelino, monárquico y legitimista”. Tan chistoso Mutis, ¿no?, que declara que si es católico es más por motivos estéticos que por convicción, así como Oscar Wilde. Quizá sea una exageración, pero en sentido inverso al que se cree. No es cierto que a Mutis lo último que le interese sea la toma de Constantinopla, aunque la frase ciertamente destaca una tendencia; lo cierto es que también le interesan Felipe II, Napoleón, Chateaubriand, Murat, el Congreso de Viena... A veces nos recubre con nostalgias de los Habsburgos y podría decir, con Charles Lamb, “yo, señor, escribo para la Antigüedad”. Pero también le interesan los disidentes rusos, pues aunque Mutis jamás haya escrito literatura comprometida, sí lo es que ha leído con gusto a algunos de los escritores llamados “comprometidos” y perseguidos por gobiernos totalitarios, que con lamentable frecuencia resultan ser gobiernos de izquierdas.



Pero la mayor lección que se desprende de estas páginas, a mi entender, es una de desesperanza y escepticismo hacia el sórdido mundo contemporáneo y su progresivo deterioro (“un mundo que se deslía entre un charco de sangre y codicia desenfrenada y que se mece entre el supermercado y el gulag [...] este mundo de *marketing* en el que nos vamos hundiendo con una inconsciencia cada día más alarmante”) y de esperanza y promesa de belleza y fuente de placeres inagotables en el refugio de la torre de marfil de los buenos libros. Y esta idea tan simple ya es hoy por hoy una propuesta sorprendente. En el mundo de la lectura, no así en la vida real, parece decirnos Álvaro Mutis, usted puede

ubicarse en el rango, en la clase social que desee y alternar con plebeyos, si lo desea, pero también con nobles, si su espíritu combina con aquéllos. Como en el mundo de los cielos en el Bernard Shaw de *Man and Superman*, el lector es libre de elegir a su antojo el cielo o el infierno, según su temperamento, sus inclinaciones, sus aficiones. Esta idea, a propósito, creo que ya había sido esbozada por Ruskin en *Sesame and Lilies*. Y allí, en ese mundo paralelo pero en una esfera superior, una de cuyas claves está en un artículo sobre Proust, "para el lector nato la lectura es como una segunda vida, una existencia paralela que corre al lado de la cotidiana sólo en apariencia más real que aquélla", Mutis se ha creado toda una aristocracia propia en la que conviven nobles de carne y hueso junto a pícaros de elegantes maneras con almas ennoblecidas, como Maqroll o Abdul Bashur, que cantan a los cuatro vientos ese "más firme amor por la libertad" que, según el vizconde de Chateaubriand, otro de los maestros de Mutis en la prosa así como en sus ideas monárquicas, "es propio sólo de la más acendrada aristocracia". A Álvaro Mutis le encantan todos los nobles que escriben, o los escritores que además son nobles. Su gusto por lo elegante jamás se disfraza; le gusta hablar, y de ello están plenas estas páginas, de buenos licores, buenos cigarros, buenos hoteles, hermosas ciudades, así como de buenos libros.



Esa elegancia explica uno de los mayores méritos de Mutis; y es que nadie ha señalado que Maqroll resulta ser el único comerciante interesante de toda la historia de la literatura. Sus sórdidas empresas comerciales, no sé cómo, con su elegancia, se convierten en gestas dignas de Homero;

y a la vez su gusto por las empresas sórdidas sólo se compagina con su gusto por todo lo subterráneo e ilegal, porque los negocios del Gaviero se parecen sospechosamente a los que hacen los empleados públicos y su ambigüedad moral es la misma que ha llevado su creador consigo toda su vida. Una de las delicias de Maqroll es que no es propiamente un profesor de moral, en un mundo dedicado a escribir sólo tratados edificantes con moraleja.

En fin, leamos a Mutis que, como afirma Marta Senn, es siempre una especie de bálsamo para el alma. Me agrada poder decir escuetamente como el poeta Ramón Cote cuando se le pregunta qué lee: "Mutis, Mutis y Mutis". Y agregar a ello las lecturas de Mutis.

LUIS H. ARISTIZÁBAL

## Ospina opina

### El surgimiento del globo

(edición bilingüe en español y portugués [trad.: Marisa Mas])

William Ospina

Secretaría de Cooperación Iberoamericana y Pre-Textos, Valencia, 2000, 99 págs.

"A diferencia del tratado, el ensayo ensaya. Su autor abre caminos con su reflexión, se detiene, duda, vuelve a intentar. Mientras que algunos sólo buscan certezas, la tarea del ensayista es sembrar la perplejidad, enseñar a preguntarse y no dar nunca una respuesta por cerrada" (Luz del Amo —Editora—<sup>1</sup>).

Qué difícil escribir cuando se tiene que hacer sobre alguien como el talentoso autor de los dos ensayos que componen este libro: "El surgimiento del globo" y "El arado y la estrella", el maestro William Ospina.

El primero de los dos textos fue leído en la sesión inaugural del Encuentro de Comisarios Iberoamericanos de la Exposición Universal Hannover 2000, en Cartagena de

Indias, el 18 de febrero de 2000, y el segundo durante la ceremonia de clausura del V Encuentro Iberoamericano del Tercer Sector. Lo Público: una pregunta desde la sociedad civil, realizado en la misma ciudad el 3 de junio de 2000. Es una edición bonita, bien hecha, como las que acostumbra a realizar Pre-Textos, apenas para un escrito hermoso, como a los que también ya nos tiene acostumbradas, a las personas amantes del ensayo y la literatura en general, el poeta Ospina, evidenciando su preocupación por Colombia, por el mundo y por nuestro futuro.

Nos dice William Ospina que desde el siglo XVI asistimos al "surgimiento del globo", y nos cuenta cómo desde allí esta idea se ha convertido en una de las mayores obsesiones de la especie, relatando de esta forma cómo, con este surgimiento, nos encontramos también con el mercado mundial, en el cual nuestros países latinoamericanos fueron protagonistas y aportaron considerablemente en muchos campos a lo que conocemos hoy en día como la Edad Moderna.



Nos llama la atención el escritor sobre la necesidad de valorar nuestros aportes, de entrever también lo que significó para el mundo la contribución y empuje europeo, pero también nos llama a no olvidar la depredación y el saqueo producido por una sociedad ambiciosa, que nos lleva a caminos sin salida, cuando pensamos en que los recursos de que se ha dispuesto tan tranquilamente son perecederos, "que sus tesoros